

Camilo José Cela

El asesinato del perdedor



Historia de un joven que se ahorca desesperado ante el acoso de una sociedad represiva y hostil, *El asesinato del perdedor* —primera de las novelas escritas por Cela después de obtener el Premio Nobel de Literatura— constituye el nuevo e insuperable retrato de una España negra que todavía pervive.

Fac ita.

Un miércoles de ceniza de hace ya muchos años, lo menos doscientos años, el caballero Michael Percival el Agachadizo, se encaró con su propia silueta y desenfundando el cuchillo de monte, el de rematar jabalíes, cortar cayados de cerezo o sabina o haya y grabar corazones y flechas en la corteza de los fresnos, le habló con cierta estudiada serenidad y a media voz.

—Con este cuchillo puedo quitaros la vida con facilidad pero no voy a hacerlo, sólo quiero advertiroslo. Escuchadme con atención. No despreciéis jamás al enemigo, procurad contagiarle alguna enfermedad humillante, tampoco es preciso, digamos el sida o la lepra o la nostalgia, si os sintierais alemán podríais recurrir a las paperas, basta con cualquier enfermedad vergonzosa, cualquier enfermedad tediosa y secreta, quizá con ambos matices a la vez, y mostraos muy orgulloso y compungido en el entierro, grandes alaridos, ya sabéis, llanto y sudor, también baba y espuma y pus, granos de pus, esto es más difícil.

—Sí. ¿Puedo ir al lavabo?

—Sí, pero ni tardéis ni os distraigáis por el camino.

Pamela Pleshette, la del obispo de Restricted Beach, Florida, ya se aclarará todo a su tiempo, ahora no hemos hecho más que empezar y estamos demasiado temblorosos, con la cabeza recostada en el hombro del novio de Estefanía Yellowbilled, iba diciendo por lo bajo mientras llovía terca e inclementemente.

—Todos me vuelven la espalda y mi marido se tiró por el balcón porque prefirió la muerte a la paciencia; sé bien que la justicia se ensañará conmigo cuando me juzguen por

la más mínima cosa, pero tampoco suma ni resta más dolor ni menos desamparo el ver venir la desgracia. Este libro debe titularse tal como lo ha decidido su confusa autora, *Penúltima esclusa o el amor imposible de Mateo Ruecas*, o bien *Penúltima esclusa y noticia del asesinato del perdedor Mateo Ruecas* (al editor lo mueven otros afanes), y que los dioses propicien que sobre tu propia sombra se descargue la ira del error. Todos sabemos que este libro debiera haberse titulado *Loisirs de Madame de Maintenon* pero no pudo ser, las razones las estudia don Blas Malo en su opúsculo *Discurso sobre el cometa o fenómeno*, hoy difícil de encontrar. Hacia el final o poco antes se repetirá esta premisa para solaz de los moribundos.

A Tomás Cerulleda le llamaban de apodo el Cavilador porque se pasaba la vida discurrendo, o sea cavilando. Tomás Cerulleda el Cavilador decía a su cohorte de bebedores mudos.

—Es muy peligroso que los jueces sean jóvenes e ilusos, un juez debe ser sereno, viejo y escéptico ya que la justicia no tiene por misión arreglar el mundo sino evitar que se deteriore más, con eso basta. Cuando un juez se siente depositario de los valores morales de la sociedad, la justicia se resiente y cruje. Si un juez piensa que la lujuria es más peligrosa que la ira, debe ser cesado sin formación de causa. Don Cosme, el juez que encerró a Mateo Ruecas, está poco maduro, es joven y tiene ilusión pero eso no basta y a veces sobra, don Cosme piensa que el Espíritu Santo le ayudó a ganar las oposiciones a cambio de su solemne compromiso de enderezar el torcido mundo y borrar de la faz de la Tierra el vicio y los malos hábitos.

El narrador vuelve al hilo de su discurso, Pamela Pleshe-tte ya había terminado.

Llegó tarde, no sé quién, nadie sabe quién ni qué, pero llegó tarde, la vida, la muerte, la ira de Dios, la venenosa benevolencia del diablo, la fortuna, la verdad es que llegaba tarde casi siempre, a lo mejor era un hombre confuso,

un teorema confuso, un verdugo con gesto de estar aburrido, no espantosamente aburrido, irremisiblemente aburrido, sino algo aburrido, quizá casi nada.

—¿Quieres morirte?

—No; todavía no.

—¿Cuándo vas a querer morirte?

—No lo sé, siempre tengo demasiadas dudas. Por ahora, no; pudiera ser que a fines de octubre, cuando los perros amarillean y el estreñimiento tupe a las gordas y las atora cruelmente, he ahí el argumento del sainete, perdonadme los últimos involuntarios aciertos. Hacia fines de octubre es buen tiempo para morir; los alquileres de los nichos suben pero eso es algo que a los muertos no nos preocupa, que se preocupen los vivos, esos animales vanidosos y proyectistas a los que un cáncer come por dentro sin que nadie precise fingirlo, hay quien se deleita fingiendo el cáncer, es una forma de implorar la benevolencia, también la compañía a veces irritante. No; por ahora no pienso morirme. Los vivos se denuncian los unos a los otros para seguir viviendo, y juran en falso y mienten para seguir viviendo. La muerte es una infamia, sí, animula vagula, blandula, hospes comesque corporis, etc., pero la vida no es sino una inercia, un doloroso experimento sin demasiadas variantes.

Antolín no tenía novia pero tampoco la necesitaba, el vicio solitario es menos monótono de lo que se piensa.

—¿Esa idea es del Padre Mariana?

—No, esta idea es de don Baltasar Cedillo, el que fue subsecretario de Obras Públicas.

—¿El amante de la pelirroja Lady Bodman?

—Sí.

Este libro debiera haberse titulado *La danza de la muerte del último ángel* o al menos *El limbo de las manzanas venenosas*, pero su autor no pudo resistir las presiones recibidas para que no lo fuera de ninguna de las dos maneras. El mochuelo rabón es pequeño y dice «quiiuu, quiiuu», varía

poco. La mujer alta y saludable se resigna, hace crucigramas y se acaricia el clítoris con una pata de conejo.

—Lo que le da gusto y le trae suerte.

—¿Cómo lo sabe, tierno tonto descompasado por los más silenciosos rinconcillos?

—Lo sabe todo el mundo. Y le ruego que no me considere tierno tonto descompasado por los más silenciosos rinconcillos, no me obligue a suponerle infame. Eso de tierno tonto descompasado (o con compás) no reza conmigo, lo que me sucede es que soy un poco tartamudo y padezco frecuentemente hipo. Las mujeres me rifan porque les doy gusto con los ataques de hipo. Pío XII fue muy famoso por sus ataques de hipo, y también mosén Lorenzo Riber, de la Real Academia Española. Yo hago gozar a las mujeres con mis ataques de hipo, las indias chibchas son las más reacias pero las negras de la Martinica se vuelven locas, también las escocesas, las holandesas y algunas noruegas de los fiordos de Sogne y Hardanger.

El otro se volvió hacia la pared pintada de color crema tostada y dijo,

—Eso es lo que él se cree. Todos los contrabandistas son iguales: fatuos y lujuriosos.

Y otro que estaba haciendo flexiones en el montante de la puerta habló con su vocecita quebrada.

—Todas las familias del pueblo redimen una puta y la ponen a fregar las escaleras, en esto son muy tradicionales y cuerdas y hacendosas.

—¿Las putas?

—No, las familias.

—¿Y ninguna se subleva?

—¿Las familias?

—No, las putas.

—No, ninguna. Hace años fue ahorcada en la plaza pública una puta portuguesa que probó a sublevarse; el acto fue muy bonito aunque la lluvia lo deslució un poco, aquí llueve con frecuencia innecesariamente y a destiempo, y las

familias levantaban a los niños en brazos para que aplaudiesen y tomaran ejemplo de conductas.

—¡Muera la puta!

—¡Muera, sí! Pero estaos quietos: ya la apedrearéis cuando exhale el último suspiro.

—¿Y antes, no?

—No; antes, no. Antes hay que guardar compostura; es orden del señor juez, a quien toca prender fuego al pubis de la muerta, el reglamento es el reglamento.

La multitud clamaba (no rugía).

—¡Queremos más putas en la horca! ¡Portuguesas, francesas o españolas, nos es lo mismo! ¡Aunque sean inglesas o alemanas! ¡Queremos que la horca se sacie de putas de los siete colores y de los tres olores!

Pero la autoridad predicaba circunspección y compostura.

—No, por hoy ya está bien. ¡Mesura, ciudadanos, mesura! Las otras putas aún pueden aguantar varios años los embates de los padres de familia barbudos y de los hijos de familia barbilampiños y también maricones y tañedores de laúd o fagot y clavicémbalo u ocarina, según las circunstancias. No estamos en tiempos de despilfarro y la nación debe aprender a administrarse, a administrar la miseria, a administrar la sequía, a administrar los incendios, a administrar la bazofia y la podredumbre, los maricones son muy duchos en mandar a los sobrinos al suicidio y hacer quebrar editoriales. Ya no quedan tierras vírgenes para brindarnos cosechas aparatosas y pródidas como mujeres semitas. Ahora todo se ha puesto incómodo. Estoy tan aburrido como el que más aunque no llegue tarde, pero sé que debemos ser cicateros y no ahorcar todavía a las putas que puedan sernos de utilidad. Tened paciencia. Perdonadme que me vea obligado a dictar órdenes antipopulares y rogad a Dios por mí.

El crisantemo blanco es la flor insignia de las putas muertas, no es costumbre perder la virginidad en los prostí-



bulos pero también se dan casos. En la pared se pintaba una mancha de humedad en forma de puta ahorcada.

—Eso trae buena suerte.

—No; eso es puramente casual, lo mejor sería secarla con una plancha de carbón.

—¿Pongo papel secante, papel de barba, papel de estraza, papel de cartucho de ferretería, de cartucho de puntas de París?

—No, no es preciso; a lo mejor se seca sólo con la plancha y soplando un poco.

—No creo, parece profunda.

El médico dio un portazo que no iba contra nadie porque la habitación estaba vacía.

—¿Se han llevado al muerto?

Nadie contestó y el médico levantó un poco la voz, no mucho.

—Digo que si se han llevado al muerto.

Y el muerto, con un hilo de voz, le dijo,

—No; estoy aquí todavía, quizá no me vaya hasta el lunes porque los funerarios se fueron a bañar al río y a tomar el sol en la entrepierna.

—¡Ah, bueno! La verdad es que tampoco tengo demasiada prisa, el departamento es espacioso, el papel de las paredes es algo cursi pero el departamento es espacioso. ¿Quedan cocacolas en la nevera?

El muerto bajó la voz un poco más.

—Yo no contesto necedades: mira tú, si quieres, que yo no puedo moverme. Yo casi no puedo ni hablar.

Cuando un hombre llega tarde y una mujer le reconviene y blasfema es señal de que algo no marcha en el cuarto de baño. Nicolás desvirgó a su novia con un dedo al salir de la catequesis, fue en el portal de las señoritas de Ródenas. La cultura no debe hacerse popular, pero la ópera italiana es un fenómeno marginal a la cultura.

—¿Quieres comer?

—No quiero comer.

—¿Quieres beber?

—No quiero beber.

—¿Quieres morirte?

—No; ya te lo dije. Quiero que te mueras tú, estaría dispuesto a aplaudirte, a escupirte y a cerrarte los ojos. La muerte es lo único que no muere jamás, que no cesa.

Un caballo alazán cubría a una yegua torda, un escarabajo de oro montaba parsimoniosamente a su hembra también de oro refulgente y un misionero barbudo fornicaba con una estilizadísima galga afgana componiendo una muy armoniosa figura.

—Nunca me han interesado los animales de digestión lenta. Decía Goethe que el hombre, mientras aspira a algo, se mueve en el error; los animales herbívoros son de digestión lenta y yo prefiero la ruina a la condescendencia.

—¿Usted sabe bien lo que dice?

—No; ni yo ni nadie, pero el mundo rueda y usted, a veces, lo repite, me lo dijo su cuñada, esa cerda vomitadora sobre sus hijos indefensos, más le valiera no claudicar como una serpiente bajo los granados florecidos. ¿Quiere que juguemos a la brisca?

—No.

—¿Quiere que hagamos las cochinas?

—No.

—¿Quiere que nos vayamos a confesar a la colegiata?

—No.

El que hacía flexiones se cayó y se rompió una pierna.

—¿Le duele?

—Sí, mucho. Me duele un horror.

La abubilla, con su cresta eréctil y su languidez, vuela como una mariposa y dice «pupuput», se le oye desde muy lejos.

A Leoncio se le murió la novia ahogada en el río Cabriel durante una excursión con el colegio. El dueño del café El Tigre de Cobre le negó un helado de frambuesa al sacristán del Perpetuo Socorro.

—¡Largo de aquí, sátiro de mierda, saltatumbas! En este establecimiento está reservado el derecho de admisión y a usted no me da la gana de servirle un helado de frambuesa, lo más que le doy es un refresco de zarzaparrilla.

—Bueno, le perdono que me insulte, sus ofensas me resbalan, pero el caso es que yo no quiero ni tampoco necesito un atroz refresco de zarzaparrilla.

—Pues entonces se va a la calle, eso es cosa suya. En el establecimiento no se puede estar sin consumir constantemente, tampoco se permite beber con excesiva lentitud.

—Adiós.

—Adiós.

La pierna del de las flexiones estaba partida por tres sitios.

—¿Le duele?

—Sí, ya le digo. Me duele un horror.

—Tenga un poco de paciencia, los practicantes se fueron a bañar al río y a tomar el sol en la entrepierna.

—¿También ellos?

—Sí.

En el solar de la esquina hay un esqueleto de caballo, el sol y la luna llevan ya muchos meses sacándole brillo.

—¿Quiere entablillarme la pierna con dos huesos de caballo?

—No.

—¿Aunque se lo pida por caridad?

—Aunque me lo pida por caridad.

—¿Aunque se lo pida por amor de Dios?

—Aunque me lo pida por amor de Dios.

—¿Por qué se niega siempre a todo?

—No lo sé, quizá por costumbre.

Este libro debiera haberse titulado *Monótonos amores con una mujer etíope*, pero no pudo ser; hubiera sido una gran torpeza política. No debe recibirse al vencedor con arcos de triunfo porque se reblandece y poco a poco se va convirtiendo en un parásito administrativo. El vencedor está

siempre al borde de la ternura y al final acaba siendo ovacionado por los enemigos naturales del hombre, a saber: la mujer, el sacerdote y el jubilado de levita y braguero. No convivas con traidores ni con procesalistas porque acabarán haciéndote jurar alguna bandera, cualquier bandera, quizá tres banderas diferentes, la holandesa, la rusa y la española, como a Juan Van Halen, el oficial aventurero, aprende de los animales del monte, la comadreja, el lince, el lobo, que comen palomas torcaces y desprecian a los comerciantes al por mayor y a los navegantes de altura, sólo admiten a los comerciantes al por menor y a los navegantes de cabotaje, a los que no tienen por qué mirar a las estrellas sino es por pura poesía. El triunfo es como una espiga enferma.

—Déjame fingir que muero en un rincón, olvidado de todos, y reconfortate soñando exequias artificiales en las que los cadáveres naufragan en agua de rosas y son vitoreados por los niños de los orfanatos, casi todos de color gualdo y un poco cabezones, con sus humillantes mandilones con trabilla, su pelo al rape y sus banderitas de papel.

—No te dejes fingir la vida misma, prefiero que te mueras de verdad y gritando necedades como los héroes de las barricadas.

—No quiero ser amanerado y convencional héroe de barricada, son todos iguales.

—Es la costumbre de la sociedad, observa que los recaudadores de contribuciones aprovechan los días de fiesta para vestirse con pantalones vaqueros, tocarse con la gorri-lla del Che y hablar de mayo del 68.

—¿Piensas organizar brigadas de castradores asépticos?

—No; quizá no. Lo pensé un tiempo pero después lo fui olvidando poco a poco. Prefiero sonreír con el agua al cuello, a ahogarme en la munificencia del prójimo de la bronquitis. Hablemos del escalafón del oprobio.

—No quiero.

Este libro debiera haberse titulado *Parsimoniosos amores con un efebo somalí*, pero no pudo ser; hubiera sido un

gran acierto político, sin embargo. Desde aquí saludo a las rameras del aceite y del muriato de ajonjolí, todas parsimoniosas, y les agradezco su gesto condescendiente y perdonador. La amapola pinta los campos de rojo hediondo.

—¿Por qué no huyes en dirección contraria? Yo soy la salud y la vida, la elasticidad, el placer y la elegancia, la salud es más hermosa que la vida, la vida no se elige sino que se padece, la elasticidad quiebra antes de oxidarse, el placer no puede compartirse con conocimiento, la elegancia suele agazaparse detrás del ánimo, todavía estás a tiempo de huir. ¿Por qué no permites que te bese con mi boca oficialmente hedionda? Huye al páramo y anégate en la soledad y la sobriedad, es la venganza de los virtuosos derrotados. ¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

Trabajosamente se perfila la silueta de un guardia robusto, ahora los guardias se disfrazan de avestruces para mejor peer granadas de mano. Eusebio ni quería ni odiaba a Marisol, su novia; estaba acostumbrado a ella.

—Te pregunto, ¿por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es sólo un fingimiento.

Un bando de codornices grises y minúsculas huye des-pavorido entre un aletear sonoro, confuso y polvoriento.

—¡Qué asco!

—¿Qué más te da? Corren batiendo alas con vigor hacia la muerte, van ya algo cansadas, pero llevan el corazón re-bosante de alegría; parecen niñas jugando al diábolo ante las tapias del hermético limbo, en estos instantes nadie prueba a engañar a nadie.

—¿Quieres que saludemos a los condenados a muerte?

—No; no los agobies, déjalos dormir tranquilos, déjalos morir tranquilos.

Ahora los guardias se disfrazan de bisontes y de búfalos para mejor servir sus inclinaciones más pregonadas.

—Te pregunto, ¿por qué prefieres la muerte a la vida?

—Te respondo: no es verdad, es sólo un fingimiento.

—Anoche te metiste con una gallina en la cama a hacer el amor.

—Sí; no me recuerdes su gloriosa agonía.

—Confía en mí: yo soy muy respetuoso y discreto. La gallina, en el momento de morir, tuvo un acceso de fiebre.

—No me extraña, las gallinas gozan mucho y con muy alborotador descaro. Y en el momento de morir de amor no cacarean sino que dicen palabras, confusas palabras, misteriosas palabras como las amantes novicias.

—¿No te da vergüenza comer gallinas recién amadas?

—No, ¿por qué? No sólo no me da vergüenza sino que me causa un gran deleite, observa que jamás lavo sus cadáveres. A la muerte se debe responder con la vida para ahuyentarla.

—¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es al revés. Parece mentira, pero no lo entiendes.

—¿Por qué prefieres la muerte a la vida?

—Es sólo un fingimiento, un disimulo, un válido arbitrio. Yo prefiero la muerte a la vida pero busco decir lo contrario, se conoce que es una servidumbre quizá automática, casi automática.

Nadie llega jamás tarde a ningún lado y todos cultivan un gesto malévolamente aburrido, venenosamente hastiado.

—¿Por qué no estudias la teoría de las sumisiones?

—No, ¿para qué? Las situaciones están mejor temblorosas y sin arreglo y la sumisión destierra a la dignidad. Amas a una mujer, amas a una cabra, amas a una gallina, ¿qué importa? Las tres son animales eróticos, una se muere pero las otras dos viven y las tres gozan sin gratitud. No agradezcas a nadie el bien que brindas y, por el camino contrario, apoya la gratitud en la esperanza. Nadie es nunca lo bastante rico en amor y en mansedumbre. No quisiera salir huyendo porque se descompone la figura, es preferible la noche para huir.

—El acto del amor también descompone la figura.

—Sí, pero recuerda que es preferible la noche para amar, no lo olvides nunca. Pienso, en cambio, que se debe morir de día y con los zapatos puestos, bien lustrosos y con las suelas nuevas, jamás en zapatillas.

—¡Qué ordinario y basto resulta morir vestido sin demasiado aseo ni dignidad!

—Sí, ¡más vale ni pensarlo siquiera! Morir en zapatillas de orillo es una claudicación que sólo puede permitirse la gente muy de abajo.

—La muerte también es una claudicación.

—Sí, pero menos ridícula y humillante.

Este libro debiera haberse titulado *La taza de porcelana y el nenúfar con un tatuaje en la garganta*, pero no pudo ser; hubiera sido una concesión al sentimiento. El hijo de mi amigo Lucas se ahorcó porque le faltó el ánimo; se llamaba Mateo Rucas y era un buen muchacho, puede que un poco tímido, algo corto, esto no se sabe nunca y a veces salta la sorpresa. Mateo Rucas tenía cinco amigos verdaderos, todos lloraron su muerte y juraron vengarlo: Antolín Jarai cejo Méndez, alto y pelirrojo; Nicolás Mengabril Artieda, que aprendió a tocar la corneta en África; Leoncio Alange Garganchón, que jugaba al billar mejor que nadie; Eusebio Corchuela Redondo, que no pronunciaba bien las erres, y Fidel Barbaño Matueca, gran bailarín.

—¿No era éste quien padecía de blenorragia crónica?

—Blenorragia, sí, pero crónica, no. Tanto Mateo Rucas como sus cinco amigos eran mozos de la quinta del 82, que según es sabido produjo reclutas muy fuertes y saludables.

El novio de Estefanía Yellowbilled le dijo a Pamela Ples hette, la del obispo de Restricted Beach, Florida.

—Anda, ponte las bragas que por hoy hemos terminado. Prepárame la merienda y recuerda que mi religión no me prohíbe alimentarme de gorriones fritos y tapioca, mi religión tan sólo me prohíbe el pan.

Los políticos entonan la loa de la holganza y priman la enfermedad y la debilidad para sumar votos al despropósi-